

¿Cómo recuperar las relaciones de comunidad dentro de las Escuelas después de la pandemia Covid-19?

Antonio Malagón Golderos



Cultivar la “convivencia social” entre familias y docentes es el nutriente imprescindible para construir una buena “atmósfera vital” en las escuelas Waldorf.

Rudolf Steiner presentó la Triformación Social como respuesta al caos social de comienzos del siglo XX. Y su consecuencia fue la propuesta de “Autogestión de las Escuelas” basado en el ejercicio de la confianza y el mutuo apoyo.

Sabemos que la convivencia social se construye ejercitándola –como trabajo mancomunado– en gestos humanos cotidianos que son el “suelo” del autodesarrollo de los docentes y de las familias, siempre anhelado.

Nuestro tiempo, en estos comienzos del siglo XXI ofrece unas características no menos caóticas que en el siglo XX y que afectan a toda la Tierra y a la humanidad entera: proceso paulatino hacia un exacerbado materialismo y mecanización que va invadiendo todos los ámbitos de la vida humana y repercutiendo en el mundo medioambiental de forma extrema.

Y en esta situación, o tal vez como un paso más de ese proceso, ha surgido el fenómeno de la Pandemia del Covid 19 con todas sus consecuencias para la vida de todos los habitantes de la Tierra. El impacto ha sido enorme en la vida económica, social, cultural-educativa e individual de miles de millones de personas. Sin embargo, el mayor impacto está cayendo sobre las personas mayores en cuenta a mortandad y secuelas, pero también la salud emocional y mental de toda la humanidad a través del miedo que los medios no dejan de potenciar en las almas de todos. En esta dirección, es una gran pregunta como está afectando esta situación a la infancia y la juventud porque influirán en muchos aspectos de su personalidad y las consecuencias se manifestarán en el tiempo inmediato y futuro...

Las Escuelas Waldorf han tenido que dar un enorme salto en muchos aspectos de su diario vivir en cuanto a las llamadas “normas sanitarias de distanciamiento y autoprotección” como las distancias entre personas, la ocultación de la cara, los espacios acotados en las clases y en los patios de recreo... Además, las familias no podían entrar en los colegios a llevar o recoger a sus hijos, tampoco a reuniones tutoriales presenciales. E incluso, en muchas Escuelas, los

Claustros de Docentes semanales se han realizado de forma on-line durante varios meses. En todo caso, sufriendo siempre un gran deterioro la participación y vivencia colegial.

Como consecuencia de todo ello, es muy corriente oír decir con nostalgia a los maestros y maestras y a las familias que el ambiente tan cercano y “familiar” tan característico de las Escuela Waldorf que había antes de la pandemia, se ha perdido; y que las cosas no son igual que eran...

Y es normal que mencionemos con tanta nostalgia todas las “buenas costumbres” que teníamos en las escuelas antes de la Pandemia. Es una realidad que en todo el mundo y, también en las Escuela Waldorf han cambiado las relaciones humanas y muchas cosas más.

¿Y que podemos hacer ante esta situación? ¿Cómo procurar que surja de nuevo el genuino “Espíritu Waldorf”, la “esencia antroposófica de la Pedagogía Waldorf”, para que se nutran los nuevos impulsos de renovación pedagógica y social de nuestros Jardines de Infancia y de nuestras escuelas?

Hemos visto como en cualquier parte del mundo, cada escuela Waldorf ha tenido que comenzar a recrear sus formas de trabajo, su imagen de sí misma y sus múltiples relaciones internas y externas.

Los maestros y profesores de cientos de Jardines de Infancia y de Escuelas han implementado nuevos aspectos metodológicos y una didáctica acorde con la situación que vivían o se imponía, siempre recreándola. Pues sabemos que es el esfuerzo de cada día por y para los alumnos el que hace que seamos reconocidos como sus maestros y maestras por los alumnos.

Sin embargo, hay un ámbito en las Escuelas que debe ser cuidado y renovado continuamente porque sostiene a toda la institución pedagógica, a los Jardines de Infancia y a las Escuelas: es la Comunidad Educativa.

¿Cómo recreamos la Comunidad Educativa? ¿Cómo proceder? Algunas propuestas:

Reconstruir, volver a reconfigurar la imagen de la Escuela en el Claustro de Maestros con la toma de conciencia de cada uno de los docentes sobre su disposición y servicio.

Seguro que vivenciar y sentir la Imaginación de la Tercera Jerarquía, de los Ángeles, Arcángeles y Arcais obrando sobre el Claustro de Maestros, puede dar la fuerza para sentirse unido a la misión del Centro Escolar, del Jardín de Infancia, de la Escuela Waldorf.

Ejercitarse el reconocimiento personal y profesional de los colegas entre sí, sobre todo en las reuniones de los Claustros puede promover que brote en cada uno, desde el sentimiento colegial de compartir las tareas, el “entusiasmo social”.

¿Y qué es el entusiasmo social? El “entusiasmo social” comporta entrega y servicio. Sí, entrega con todas las fuerzas del corazón a un ideal espiritual compartido por un grupo de colegas y de familias que se hermanan en ese propósito común para la educación de sus alumnos e hijos y para sostener la iniciativa y apoyarse mutuamente.

En el momento de creación de una escuela el “entusiasmo social” de los pioneros vive en las almas de los maestros y de las familias de forma “natural” y como impulso de vida.

Sin embargo, en etapas posteriores del desarrollo de las iniciativas, ha de hacerse de manera consciente. Sí, el “entusiasmo social” puede ser recreado desde la vivencia antroposófica de la profesión en el trabajo interior personal y en el trabajo del Claustro. Es entonces cuando la labor individual, la labor pedagógica, la labor social como maestro tutor o de especialidad, se entrelaza con la de los demás compañeros y compañeras, formando un tejido vivo cuya cualidad esencial es el sentimiento de equipo, mejor diría, de hermandad, al servicio de un ideal espiritual pedagógico, al servicio de los seres humanos que han venido a nuestro encuentro.



Este estado de respeto y hermandad entre los colegas de un centro escolar es el que hace que irradie la Escuela y que sea faro para atraer a muchas familias, madres y padres, que tienen también una aspiración espiritual y buscan la educación que necesitan sus hijos.

Del primer encuentro entre familia y maestros brotará la confianza que los llevará a matricular a sus hijos. Después habrá que seguir reforzando esa confianza mutua que, sin duda, protegerá el buen hacer pedagógico en el aula y en la relación entre maestro y alumnos.

Para acercarnos a tomar iniciativa en esa dirección, podría ser sugerente replantearse algunas preguntas para promover la participación de todos los docentes y de las familias en la vida cultural y social de las escuelas:

- ¿Cuál es mi disposición para acercarme y conocer a la familia?
- ¿Cómo acojo yo a cada familia desde el respeto y la mirada en su hijo/a?
- ¿Cómo me dejo conocer por la familia de mi alumno/a?
- ¿Qué necesidades tiene la familia ante la Escuela, ante el Tutor, ante los maestros especialistas de sus hijos?
- ¿Es escuchada la familia cuando tiene inquietudes o se la juzga por adelantado?
- ¿Qué le ofrece la Escuela, el Tutor, los maestros a la familia? ¿Tiempo de tutorías, reuniones de clase, grupo de trabajo sobre temas pedagógicos o antropológicos de la edad de sus hijos, participación en la gestión del centro o en eventos y fiestas...?
- ¿Qué le ofrezco yo como tutor o maestro especialista a la familia?
- ¿Qué me ofrece la familia y que necesito yo como maestro de la familia?
- ¿Busca la familia una formación humana o antroposófica?
- Y en la base de todo, ¿cómo me preparo yo interiormente en mi trabajo diario para acoger estos acontecimientos de enorme trascendencia para la vida pedagógica y social de la Escuela y para mí mismo?

Sabemos que si el maestro o maestra cultiva el interés por los alumnos y por las familias (como “envoltura” del alumno) se “abren los ojos del alma” y brota una confianza recíproca entre familias y maestros que favorece la buena disposición para colaborar. Así se potencia el sentimiento de cercanía y de agradecimiento hacia la familia por dejarnos a sus hijos para acompañar como maestros su desarrollo en los necesarios encuentros de destinos. Esto constituirá para muchos maestros en sentido de su vida.

Que estas propuestas puedan servir para animar y renovar la vida en las Comunidades Educativas de las Jardines de Infancia y Escuelas Waldorf.

Antonio Malagón es maestro Waldorf, fundador de la Escuela Libre Micael de Madrid, docente y mentor en numerosas Escuelas y Centros de Formación en España.